

BAUTIZADOS Y ENVIADOS. LA IGLESIA DE CRISTO EN MISIÓN EN EL MUNDO

Algunas intuiciones de carácter pastoral

P. Leonardo Rodríguez, Dr. Nacional OMP Uruguay

¿Cómo llegamos a celebrar un Mes Misionero Extraordinario?

Una iniciativa asumida por el Papa

El 22 de octubre de 2017, el Santo Padre, Papa Francisco, escribe al Cardenal Fernando Filoni, en calidad de Prefecto de la Congregación para la Evangelización de los Pueblos. En dicha carta el Papa asume y promueve la celebración de un Mes Misionero Extraordinario, durante octubre de 2019. Una celebración de carácter universal motivada por el centenario de la promulgación de la carta apostólica "Maximum Illud" sobre la actividad de los misioneros en el mundo.

El contexto mundial en el que se propone dicha carta apostólica es la post guerra mundial, sobre el cual distintas fuentes históricas coinciden en describir como desolador y deprimente, especialmente por el número de muertes que afecta a la conciencia individual y colectiva de la humanidad.

La intención del Sumo Pontífice, Benedicto XV, al promulgar la carta es dar un renovado sentido evangélico a la misión de la Iglesia en el mundo.

El Papa Francisco, en su carta, insiste en señalar con absoluta claridad la vigencia actual de la Maximum Illud, en clara sintonía con el magisterio del Concilio Vaticano II sobre la misión de la Iglesia.

La Congregación para la Evangelización de los Pueblos y las OMP acogen el encargo de animar el proceso de oración, reflexión y celebración propuesto

En esta misma dirección, el Cardenal Prefecto, envía una carta a todos los obispos del mundo, con fecha 8 de abril de 2018, en ella manifiesta que la celebración del centenario en ocasión del mes extraordinario de la misión será un tiempo propicio para "volver a encender el ardor y la pasión por la misión de Jesús, renovar evangélicamente la misión".

Más adelante establece como finalidad espiritual, pastoral y teológica del mes misionero extraordinario: "reconocer, vivir y convencernos de que la misión es y debe ser cada vez más el paradigma de la vida y de la obra de toda la Iglesia, y por lo tanto, de todo cristiano"... "poner la missio ad gentes en el centro de la vida de la Iglesia y reconocer la misión de Jesús como corazón e identidad de la Iglesia" descubriendo "la genuina y desafiante relación que Dios tiene con el mundo amado, creado y redimido por Él".

En la misma carta, al hacer referencia al tema escogido para la celebración del mes de octubre de 2019, el Cardenal reconoce en él una invitación a "confirmar nuestra identidad bautismal

como encuentro personal con Jesucristo vivo: Él nos envía para ser testigos suyos en el mundo”

Y en el último párrafo, Filoni expresa el deseo de que todo el proceso desencadenado hacia esta celebración “pueda contribuir a una genuina conversión misionera hacia Cristo”.

Con estos elementos parece haber bastante tela para cortar, sin embargo, sería al menos extraño que pretendiéramos hacer una reflexión al respecto sin asumir los rasgos más destacables, a nuestro humilde entender, de la carta Maximum Illud.

Benedicto XV y la Carta Maximum Illud

Un primer elemento que quisiera destacar, al leer la mencionada carta, es que en los primeros números, en la Introducción, donde el Pontífice se remonta a los inicios de la vida de la Iglesia, por lo tanto los primeros tiempos de la misión, con breves palabras hay una evidente intención de **contextualizar** los tiempos de la misión. El breve desarrollo histórico de la misión va unido a las situaciones políticas, institucionales, y sociales que enmarcan y caracterizan estilos, formas, acentuaciones de la misión. Y en esta diversidad de escenarios, señala la fuerza de la misión en la **santidad** de los misioneros, la que encuentra una especial expresión en el **martirio**.

Un segundo elemento, aparece en el apartado I de la carta, que se presenta bajo el título de “Normas para los Obispos, Vicarios y Prefectos Apostólicos”. Éstos son llamados a ser **“alma”** de la misión y se les señala como especial **aptitud e idoneidad misioneras para el gobierno pastoral: la prudencia y la caridad**.

Un tercer elemento, se puede identificar en los números 5 y 6 especialmente, allí la responsabilidad de los pastores se debe traducir en dos grandes expresiones: **“cuidar la vitalidad de la misión”** y promover la comunión y organicidad, en el **espíritu de la pastoral de conjunto**.

Dirigiéndose luego a los misioneros, hay al menos 9 especiales consideraciones:

1. La consideración de la misión como el **sentido de la vida**, aunque no aparezca expresado de esta forma, pues naturalmente se vale del lenguaje propio de su época, al describir la misión como “tarea sublime” exhorta a los misioneros a involucrarse de tal manera en la misión que esta se llegue a configurar en la razón de su existencia.
2. La segunda consideración hace alusión a la unívoca finalidad misionera: **llevar a las personas a Cristo, superando cualquier interés puramente humano**.
3. En tercer lugar, se exhorta a los misioneros a vivir un **estilo “pobre”**. En esta ocasión vale decir que el Papa no hace una espiritualización de la pobreza, mucho menos una idealización de la misma. Va directamente al asunto y llama a vivir la pobreza como **coherencia y lenguaje concreto que expresa la centralidad de Cristo en la vida del misionero**.
4. La **formación integral**, es una exigencia impostergable en la misión. Aparece ya la necesidad de la enseñanza de la **misionología**. Aunque la mayor insistencia está puesta en la formación, humana, doctrinal y técnica del misionero.

5. No es menor la insistencia en la necesidad del aprendizaje de las **lenguas**, solo basta considerar la misión como un permanente acto de comunicación para entender la intencionalidad de este punto.
6. (7 y 8) En cuanto a la personalidad del misionero, a su forma de vida se proponen tres características esenciales: La **santidad de vida** “ser de Dios quien a Dios tiene que predicar” porque el ejemplo de vida es más elocuente que el discurso. El camino de santidad misionera esta descrito como: “humildad, obediencia, pureza de costumbres, piedad, unión y continuo trato con Dios”. Así mismo se presenta la **caridad y mansedumbre como especial imitación de Cristo Misionero**. Y por último la característica que completa las anteriores es la **confianza en Dios**, donde personalmente creo que un aspecto esencial para nuestra reflexión es que, si vale la pena expresarlo así, el “éxito” de la misión está en Dios, una misión puramente humana e institucional, sola estratégica está condenada a la esterilidad.
7. Al terminar este apartado hay una **mención a las misioneras**, que es reconocimiento y a la vez motivación a continuar en fidelidad al servicio de la misión. Seguramente si no tuviéramos en cuenta el contexto, el tiempo de la carta, afloraría una posible insatisfacción en estas palabras. Pero lejos de eso, la consideración está y nos sirve de plataforma, cien años después, para continuar la reflexión al respecto.

En el apartado III, el Papa Benedicto XV, se dirige al Pueblo de Dios, donde el primer elemento propuesto con insistencia es la **corresponsabilidad y el deber misionero de los bautizados en la misión como expresión de fidelidad a la ley mayor: el mandamiento del amor**.

De forma inmediata propone **tres “géneros” de ayuda a las misiones: la oración; la vocación misionera; y la limosna**.

Y finalizando la carta, el Papa coloca en el centro de la vida misionera, la vocación y el servicio de las Obras Misionales Pontificias, como instrumento privilegiado al servicio de la misión.

Reflexiones Pastorales (Primera Parte)

“volver a encender el ardor y la pasión por la misión de Jesús, renovar evangélicamente la misión”

Volver a Jesús, volver a la Trinidad misma, volver a Dios, y encontrar la razón misma de nuestra misión en la Misión de Dios, que es la única misión. Este es el gran objetivo de la celebración del Mes Misionero Extraordinario.

Seguramente, al leer estas expresiones, con toda legitimidad, podemos llegar a pensar: ¿es que hemos perdido a Jesús?, ¿acaso se pretende decirnos que no somos de Dios, que no somos de Jesús? ¿Qué la misión que cada uno de nosotros despliega allí donde está no es la de Jesús?

Pues, es aquí mismo donde las palabras empiezan a cobrar un especial valor:

Bautizados y enviados

Esta es la plataforma desde donde buscamos la renovación evangélica de la misión, porque no se trata de imaginar un plan de negocios, o de proponer un nuevo método evangelizador, o desarrollar una nueva acción apologética de la fe y de la Iglesia. Se trata de reconocer la unicidad de la misión de Dios que se prolonga en la misión de la Iglesia. Es decir que hay un único paradigma misionero, el de Dios. Quisiera aquí compartir textualmente la reflexión de Mons. Raúl Biord, durante el Seminario sobre Missio ad – inter gentes que se desarrollara en Roma, en marzo de este mismo año:

“La expresión «la misión como paradigma» la encontramos en el Mensaje para la Jornada Misionera Mundial 2012 (6 de enero de 2012), de Benedicto XVI: También hoy la misión ad gentes debe ser el horizonte constante y el paradigma en todas las actividades eclesiales, porque la misma identidad de la Iglesia está constituida por la fe en el misterio de Dios, que se ha revelado en Cristo para traernos la salvación, y por la misión de testimoniarlo y anunciarlo al mundo, hasta que él vuelva. Como Pablo, debemos dirigirnos hacia los que están lejos, aquellos que no conocen todavía a Cristo y no han experimentado aún la paternidad de Dios, con la conciencia de que «la cooperación misionera se debe ampliar hoy con nuevas formas para incluir no solo la ayuda económica, sino también la participación directa en la evangelización». Pocos meses después la volvemos a encontrar en el discurso a los directores nacionales de las Obras Misionales Pontificias (11 de mayo de 2012), cuando Benedicto afirmó: «La missio ad gentes constituye el paradigma de toda la acción apostólica de la Iglesia». De ahí el uso que el papa Francisco hará de esta expresión. ¿Qué significado atribuye el Papa Francisco a la categoría de una Iglesia en salida y de una misión paradigmática? Podemos decir que el modelo primero, el primer analogado, la causa ejemplar, la auténtica Misión –con mayúscula–, es la misión de Dios. En segundo lugar, nos urge a poner en clave misionera toda acción pastoral y lo que él llama «la actividad habitual de las Iglesias particulares». Este es el sentido en que debe comprenderse la misionariedad constitutiva de la Iglesia. La economía revelada en Jesús y por Jesús de Nazaret nos muestra a Dios como Trinidad de Personas, íntima comunión de tres Personas que viven entre sí una mutua comunión y comunicación. Lo que caracteriza a las Personas divinas es su salir de sí (éxtasis) a través de un amor desbordante que hace ser al otro: generación del Hijo e inspiración del Espíritu (ad intra) y creación y salvación (ad extra). Las misiones extratrinitarias del Hijo y del Espíritu están ordenadas a la salvación del cosmos y del hombre. No hay otra perspectiva para acercarse al misterio trinitario que la dinámica de la comunión misionera. Nuestro Dios viene al encuentro del ser humano para hacerle partícipe de su misterio de comunión y misión. La misión de la Iglesia consiste en prolongar esta misión divina, anunciando a los hombres el amor y la alegría de la Trinidad, comunicando vida, anunciando el kerigma de un Dios que se alegra y hace fiesta por la conversión del hombre, pues el hombre es la alegría de Dios, y Dios, la alegría del hombre. Encontramos, por tanto, una íntima vinculación entre comunión, misión y salvación. El obispo emérito de Limburg, Mons. Franz Kamphaus, afirma: «Sin la misión, el cristianismo no habría ido más allá del judaísmo». Esto significa que la misión nos permite superar el monismo que lleve a encerrarse en la propia identidad, en la unicidad, y que, por tanto, impide reconocer la alteridad del don y el don como alteridad. La fe trinitaria y la vivencia de la misión como actitud fundamental nos llevan a la alegría de sabernos en comunión con Dios, con el cosmos y con los demás; nos permiten celebrar la gran fiesta del amor con los otros,

especialmente con los más pobres y alejados. De ahí la importancia de la misión para la fe cristiana.”

(La Misión Futuro de la Iglesia. Missio ad-inter gentes. 2018, OMP España, PPC; págs. 202 – 294)

Las palabras de Mons. Biord nos sirven para manifestar aquí la necesidad urgente de desarrollar renovadamente una teología de la misión que nos lleve a la Missio Dei como paradigma auténtico de la vida eclesial. Por momentos, esto que decimos parece obvio, pero si nos atrevemos a realizar un ejercicio simple, traigamos al pensamiento la palabra clave “misión”...es probable, muy probable, que identifiquemos mentalmente de forma espontánea un “hacer” acciones misioneras, gestos misioneros, campañas misioneras, grandes o pequeñas misiones...hacer, hacer, hacer. Mientras que si nos remitimos a la Missio Dei, con cierta facilidad podemos comprender que la misión no es un área de nuestra actividad eclesial, menos algunas cosas buenas que hacemos, y descartado totalmente que la misión sea un proselitismo religioso preocupado y ocupado por la captación de adeptos.

La pregunta deja de ser ¿cómo hacemos la misión? Para convertirse en ¿Cómo soy, somos misión? ¿En que medida la dinámica de vida de las comunidades cristianas se traduce en un lenguaje vital capaz de contener y expresar, al menos reflejar el amor y la comunión trinitaria?

Es un proceso de autenticación misionera que descosifica la misión para ubicarla en el plano más vital de la existencia personal y eclesial. Así lo sostiene Papa Francisco:

“Yo soy una misión en esta tierra, y para eso estoy en este mundo. Hay que reconocerse a sí mismo como marcado a fuego por esa misión de iluminar, bendecir, vivificar, levantar, sanar, liberar”. (Evangelii Gaudium 273)

Es importante que no perdamos la oportunidad de considerar, teniendo en cuenta el tema del mes misionero extraordinario “bautizados y enviados”, la dimensión maternal de la Iglesia, ¿Cómo engendra a sus hijos, discípulos misioneros de Jesucristo, la Iglesia? Aquí se juega la identidad de cada misionero, pues la Iglesia como Madre, desde la gestación de la vida en la fe debe estar atenta a que la vida nueva sea real, y me refiero al campo pastoral y no al teológico, desde el cual no podríamos discutir la vida de gracia que Dios concede y la dignidad de hijos adoptivos que nos da en el bautismo. Pero atentos a la complejidad de nuestro tiempo y al vertiginoso cambio de época al que asistimos, nuestra pastoral pre y post bautismal ¿es el tiempo y el espacio, el ambiente propicio donde la matriz de fe se imprime en la conciencia de la persona? De manera que en la medida en que se hace consciente puede valerse del vínculo vital que signifique de forma dinámica su pertenencia a Dios, a la Iglesia y su identidad misionera, llegando así a responder desde su libertad a la vocación común? Es aquí seguramente donde encontramos uno de los más grandes desafíos en orden a la misión, la Iniciación real y no solo formal de los hijos de la Iglesia en la vida de fe; renovar evangélicamente la misión pasa también por la verdadera conversión pastoral que lleve a las comunidades a ser Iglesia Madre, con todo lo que ello implica. Sin entrar en grandes disquisiciones psicológicas, sabemos cuán importante es el protovínculo, ese capaz de significar la personalidad del individuo, puede servirnos pensar desde allí la dimensión maternal de la Iglesia, no solo como un momento en la vida del individuo, sino por el contrario como un estilo de vida y de relación que sustenta la maduración de la fe.

La Iglesia de Cristo en misión en el mundo.

Antes he señalado de que manera, Benedicto XV, se preocupa en el inicio de la *Maximum Illud*, de ilustrar los momentos, los contextos temporales de la misión. Pues, en ese mismo sentido, reconocer a la Iglesia de Cristo en misión en el mundo debiera llevar a una permanente y muy dinámica contextualización de la misión en la dimensión universal y local. ¿Acaso no se este el camino para evitar el anacronismo pastoral misionero?

Para confirmar este pensamiento me parece oportuno traer a consideración tres números de la *Evangelii Gaudium*:

“231. Existe también una tensión bipolar entre la idea y la realidad. La realidad simplemente es, la idea se elabora. Entre las dos se debe instaurar un diálogo constante, evitando que la idea termine separándose de la realidad. Es peligroso vivir en el reino de la sola palabra, de la imagen, del sofisma. De ahí que haya que postular un tercer principio: la realidad es superior a la idea. Esto supone evitar diversas formas de ocultar la realidad: los purismos angélicos, los totalitarismos de lo relativo, los nominalismos declaracionistas, los proyectos más formales que reales, los fundamentalismos ahistóricos, los eticismos sin bondad, los intelectualismos sin sabiduría.

232. La idea –las elaboraciones conceptuales– está en función de la captación, la comprensión y la conducción de la realidad. La idea desconectada de la realidad origina idealismos y nominalismos ineficaces, que a lo sumo clasifican o definen, pero no convocan. Lo que convoca es la realidad iluminada por el razonamiento. Hay que pasar del nominalismo formal a la objetividad armoniosa. De otro modo, se manipula la verdad, así como se suplanta la gimnasia por la cosmética.[185] Hay políticos –e incluso dirigentes religiosos– que se preguntan por qué el pueblo no los comprende y no los sigue, si sus propuestas son tan lógicas y claras. Posiblemente sea porque se instalaron en el reino de la pura idea y redujeron la política o la fe a la retórica. Otros olvidaron la sencillez e importaron desde fuera una racionalidad ajena a la gente.

233. La realidad es superior a la idea. Este criterio hace a la encarnación de la Palabra y a su puesta en práctica: «En esto conoceréis el Espíritu de Dios: todo espíritu que confiesa que Jesucristo ha venido en carne es de Dios» (1 Jn 4,2). El criterio de realidad, de una Palabra ya encarnada y siempre buscando encarnarse, es esencial a la evangelización. Nos lleva, por un lado, a valorar la historia de la Iglesia como historia de salvación, a recordar a nuestros santos que inculturaron el Evangelio en la vida de nuestros pueblos, a recoger la rica tradición bimilenaria de la Iglesia, sin pretender elaborar un pensamiento desconectado de ese tesoro, como si quisiéramos inventar el Evangelio. Por otro lado, este criterio nos impulsa a poner en práctica la Palabra, a realizar obras de justicia y caridad en las que esa Palabra sea fecunda. No poner en práctica, no llevar a la realidad la Palabra, es edificar sobre arena, permanecer en la pura idea y degenerar en intimismos y gnosticismos que no dan fruto, que esterilizan su dinamismo”.

La Iglesia de Cristo. En el Nuevo Testamento hay múltiples experiencias en las que se evidencian dos aspectos de la personalidad y la misión de Jesús:

Por un lado que Jesús es todo de Dios y todo para los demás, para los otros. Si leemos el pasaje del Evangelio de Marcos 6,1-6:

“Salió Jesús de allí y vino a su tierra, y le seguían sus discípulos. Y llegado el día de reposo, comenzó a enseñar en la sinagoga; y muchos, oyéndole, se admiraban, y decían: ¿De dónde

tiene éste estas cosas? ¿Y qué sabiduría es esta que le es dada, y estos milagros que por sus manos son hechos? ¿No es éste el carpintero, hijo de María, hermano de Jacobo, de José, de Judas y de Simón? ¿No están también aquí con nosotros sus hermanas? Y se escandalizaban de él. Mas Jesús les decía: No hay profeta sin honra sino en su propia tierra, y entre sus parientes, y en su casa. Y no pudo hacer allí ningún milagro, salvo que sanó a unos pocos enfermos, poniendo sobre ellos las manos. Y estaba asombrado de la incredulidad de ellos. Y recorría las aldeas de alrededor, enseñando."

Jesús no esconde nada, no tiene un plan b, no hay intenciones no manifiestas, Jesús asume la falta de fe de sus coterráneos y no entra en discusiones y discursos justificativos o acusaciones piadosas que solo habrían conducido al debate interesado de partes, mantiene el objetivo: hacer presente el Reino del Padre y no caer en el riesgo de anunciarse a sí mismo. Jesús no ocupa el centro, es el centro, sin embargo se descentra, se desplaza para no desfigurar la misión.

Por otro lado, aparece el permanente discernimiento de Jesús frente a la realidad en la que vive, no tiene una receta, un modelo único que aplica insalvablemente en cada ocasión, por el contrario hay en Él, una apertura a la realidad, se deja interpelar para luego responder, actuar, decidir. Si leemos Marcos 7,24-30:

"Levantándose de allí, se fue a la región de Tiro y de Sidón; y entrando en una casa, no quiso que nadie lo supiese; pero no pudo esconderse. Porque una mujer, cuya hija tenía un espíritu inmundo, luego que oyó de él, vino y se postró a sus pies. La mujer era griega, y sirofenicia de nación; y le rogaba que echase fuera de su hija al demonio. Pero Jesús le dijo: Deja primero que se sacien los hijos, porque no está bien tomar el pan de los hijos y echarlo a los perrillos. Respondió ella y le dijo: Sí, Señor; pero aun los perrillos, debajo de la mesa, comen de las migajas de los hijos. Entonces le dijo: Por esta palabra, ve; el demonio ha salido de tu hija. Y cuando llegó ella a su casa, halló que el demonio había salido, y a la hija acostada en la cama."

Cuanta dificultad en este episodio, todas las condiciones estaban dadas para que no pudiera darse lugar a ningún acto significativo en apariencia, sin embargo la insistencia, la perseverancia y la fe de la mujer extranjera derriban las barreras culturales y religiosas de Jesús.

Tomamos estos textos solo como modelo pastoral-misionero, sin entrar en disquisiciones interpretativas bíblico-teológicas, pues es un ámbito que no dominamos, y tampoco es la intención aquí realizar una exégesis. Solo identificar estas actitudes básicas de Jesús Misionero, para luego hacerlas llegar a nosotros:

Una Iglesia toda de Dios y toda para las personas

Así como Jesús no se detuvo a hablar de sí mismo y a teorizar sobre sus actos, sino que simplemente anunció y continuó, así de descentrada debiera ser la Iglesia Misionera. En la enseñanza del Papa Francisco aparece frecuentemente la llamada a renunciar a la autoreferencialidad eclesial, hay un texto en particular que dice mucho en este sentido:

"Salgamos, salgamos a ofrecer a todos la vida de Jesucristo. Repito aquí para toda la Iglesia lo que muchas veces he dicho a los sacerdotes y laicos de Buenos Aires: prefiero una Iglesia accidentada, herida y manchada por salir a la calle, antes que una Iglesia enferma por el encierro y la comodidad de aferrarse a las propias seguridades. No quiero una Iglesia

preocupada por ser el centro y que termine clausurada en una maraña de obsesiones y procedimientos. Si algo debe inquietarnos santamente y preocupar nuestra conciencia, es que tantos hermanos nuestros vivan sin la fuerza, la luz y el consuelo de la amistad con Jesucristo, sin una comunidad de fe que los contenga, sin un horizonte de sentido y de vida. Más que el temor a equivocarnos, espero que nos mueva el temor a encerrarnos en las estructuras que nos dan una falsa contención, en las normas que nos vuelven jueces implacables, en las costumbres donde nos sentimos tranquilos, mientras afuera hay una multitud hambrienta y Jesús nos repite sin cansarse: «¡Dadles vosotros de comer!» (Mc 6,37).» (EG 49)

La misión es de Dios, y esta misión tiene a su servicio a la Iglesia, y no al revés, dicho de otra forma, la misión no tiene como objetivo, en absoluto, la preservación de la institución eclesial. Y esto no significa una despreocupación por la organización y sustento de la vida eclesial, pero sí supone un exquisito cuidado por no sucumbir en el anuncio de nosotros mismos.

Especialmente en los últimos años, donde el panorama demográfico, cultural, social, político y religioso del mundo experimenta rápidas transformaciones, a mi modo de ver, hay dos posibles caminos a seguir: colocarnos “a la defensiva”, victimizarnos, y salir al cruce de toda iniciativa que surge y nos resulta anti católica; o asumir un estilo audaz y dialogante que permita ver en la Iglesia un interlocutor capaz de discernir y no solo contestar. Asumo que esta es una forma un tanto simplista de expresar una realidad profundamente compleja.

La primera opción, con o sin intención nos convierte en una Iglesia auto-referencial, donde con mayor frecuencia se habla de “valores católicos” que de Evangelio, y por supuesto no es que no existan los valores católicos; en ocasiones además nos presentamos con cierto aire de superioridad que de antemano levanta murallas y despierta reacciones violentas de un lado y del otro, pretendiendo ser la conciencia colectiva de un mundo que no es infantil, sino que es adulto y que está en búsqueda.

La segunda opción, de antemano, seguro nos suena a fragilidad, a debilidad, a falta de solidez, mientras que, sin renunciar a la Verdad revelada, solo el camino del diálogo nos permitirá ofrecer y encontrar el camino misionero de Dios en la historia.

Claro que no se trata de renunciar a la sana, oportuna y clara defensa de la fe, pero si renunciemos al combate desenfrenado estructurado a partir de discursos rígidos que de primera coartan la posibilidad de encuentro. En este sentido la apuesta a una formación integral en clave misionera de los bautizados, puede que sea la alternativa que nos permita correr de una improvisación atacante y por momentos solo afectiva.

Alguien podrá preguntarse: ¿pero de dónde saca todo esto? ¿Dónde sucede esto?; pues basta darse un paso por las redes sociales, o analizar la intencionalidad en la presentación de noticias.

Voy a tomar como referencia dos fenómenos actuales:

1. Los creyentes sin afiliación religiosa – Dios sí / Iglesia no.

En los últimos tiempos han salido a luz reflexiones acerca de un fenómeno sociocultural interesante para los intereses de la misionología; en las distintas regiones del mundo surgen, y van en aumento las personas que se definen como creyentes en Dios pero sin afiliación a una religión en particular. Es una realidad y es fácil de identificar, al menos en mi país. Lejos de pretender aquí realizar un estudio sociológico del asunto, podemos sencillamente dejarnos

interpelar, y esta es la actitud misionera, superando la franja del moralismo que nos contentaría con afirmar si estas personas son buenas o malas, mejores o peores. Teniendo en cuenta que según los datos visibles sobre esta realidad es una experiencia identificable en un abanico amplio de sociedades, culturas y nacionalidades, es irrenunciable que las comunidades creyentes desarrollemos la capacidad de diálogo y apertura para preguntarnos ¿por qué no hemos podido transmitir válidamente nuestra fe? ¿Por qué el testimonio de la Iglesia no interpela sus historias para transitar juntos un camino de renovado encuentro con Jesús?

Es posible que las respuestas que encontremos no sean recetas pastorales y misioneras, estrategias probadas de eficacia evangelizadora. Lo más seguro que la escucha respetuosa y auténtica de sus historias nos lleve a descubrir que solo la creatividad en el amor sigue siendo el camino de la evangelización. Aceptar a Dios pero no a la Iglesia, desde nosotros es un sinsentido, desde los que lo viven así es la senda por la que protegen no solo sus intereses, sino sus legítimas búsquedas de sentido. Pensemos una vez más en el episodio mencionado anteriormente del encuentro de Jesús con la mujer extranjera, las primeras palabras de Jesús son absolutamente válidas y justificadas, esa es la matriz socio cultural religiosa desde la cual no podría autocomprenderse el mismo Jesús. Sin embargo las categorías en las que se expresa la mujer manifiestan la fe que va más allá de lo previsto. Indudablemente esa matriz inicial de Jesús se ve modificada por el encuentro con la mujer. ¿Renuncia Jesús al exigente camino misionero? ¿Renuncia Jesús al anuncio del Reino? Claro que no, lo que sucede es que cambia el paradigma de encuentro, aceptando la diferencia y convirtiendo las claves del proceso evangelizador.

Desde una visión absolutamente humana y pastoral, Jesús baja las barreras y se deja afectar por la vida, la historia y las circunstancias de la persona con la que dialoga. Podría ser esta la actitud misionera que nos permita fortalecer evangélicamente la misión.

2. Las nuevas ideologías

Este es un asunto más polémico aún. Asistimos al surgimiento y al fuerte desarrollo, cuando no, imposición de ideologías que reconocemos como contrarias a la fe y la enseñanza de la Iglesia. Estas ideologías tocan directamente a la autocomprensión del ser humano, su presencia en el mundo y en el tiempo, su mundo afectivo y relacional, la vida, la muerte, etc.

Voy directamente al asunto que me preocupa desde la misión de la Iglesia, estas cuestiones son el desafío más contundente que enfrentamos en la actualidad, pues en la comprensión que hacemos de nosotros mismos se juega el sentido de la vida, y claro, también la apertura o no al misterio de la Vida de Dios.

Si intento el ejercicio de colocarme en la acera de enfrente y mirar, a través de los medios, las redes sociales, la prensa, etc., este escenario, pues, no hay como escapar a una sensación de perplejidad y de impotencia. No podemos ser ingenuos y desviar la atención de aquellos grupos y corporaciones que pueden encontrar en la promoción de estas ideologías la herramienta más propicia para alcanzar sus propios beneficios, sin considerar las consecuencias más o menos graves que pueden afectar a las personas. Pero, cuando en el escenario público nos dejamos llevar por la pasión y el desenfreno verbal discutiendo con agresividad, con violencia; o cuando la única alternativa que manejamos es la condena de la idea y sus portavoces. ¿No sucede que cerramos la posibilidad del encuentro? Y no pensemos en quienes con buena o mala intención promueven las ideologías, pensemos en las miles de personas, también católicas, que hoy han integrado en su mundo conceptual y práctico muchos de los conceptos. Aquí la cuestión misionera es crucial, porque la acción misionera ad

gentes se juega en el ámbito cultural, pero no como partícipes de un combate de derechas e izquierdas, orientación que en el ámbito político está desdibujado y trasnochado actualmente. La actitud misionera, sería una vez más el diálogo, la escucha, la comprensión y la elaboración constante de caminos personalizados, sin dejar de lado la valiosa y necesaria reflexión antropológica, teológica y pastoral que alimente, sostenga y anime la profética misión de las comunidades creyentes.

En los dos ejemplos propuestos, seguramente uno más polémico que el otro, podríamos haber tomado cualquier otra referencia de la realidad, pero en éstos resulta evidente que la misión no puede quedar reducida a una simple acción espontánea o condicionada por intereses ideológicos. La validez de la misión estará certificada por la gratuidad, la seriedad y la profesionalidad con que las Iglesias Locales recrean su servicio desinteresado para que todos encuentren a Cristo, y el encuentro con Cristo no es fruto de un camino de iluminación y purificación; Cristo viene al encuentro de cada uno en la situación en la que vive, y en todo caso, los caminos de transformación y conversión serán fruto de este encuentro.

En siguientes partes profundizaremos otros aspectos sugeridos especialmente a partir de la lectura de la Carta Maximum Illud.

P. Leonardo Rodriguez